

**POMPEU FABRA ETA  
KOLDO MITXELENA  
JAUNEI OMENALDIA**

*Bilbo, 1997-X-31*



## POMPEU FABRA ETA KOLDO MITXELENARI OMENALDIA

*Bilboko Ingeniari Eskolaren mendeurrena*

*1997-X-31*

*Jean Haritschelhar,  
euskaltzainburua*

Euskaltzainkide anderea eta jaunak,

Jaun andreak, egun on.

Pompeu Fabra eta Koldo Mitxelena jaunei omenaldi bat eskaintzen diegu gaur Ingeniari Eskola honetan, hemengo irakasle izana baita Pompeu Fabra duela orain aspaldi.

Bi jaun horiek biltzen ditugu omenaldi berean, lehena katalana, bigarrena euskalduna, lehenak kalana batzeari ekin ziola gerla aurrean eta bigarrenak euskara batuari gerla ostean.

Guretzat biak eredugarriak dira, bide ber-beretik joanak, biak Unibertsitateko irakasle izanak eta maisutzat ezagutuak. Ene ondotik datozenek bien lanen eta merezimenduen berri azalduko digute. Azpimarratu nahi nuke biak frantses Unibertsitateko "doctor honoris causa" izendatuak izan direla, Pompeu Fabra Tolosako Unibertsitateetik eta Koldo Mitxelena Bordeleko Unibertsitateetik, nihaurek egin niola harrera mintzaldia 1982.an. Bakoitzak, bere bizian, bete du osoki bere egin-bidea hizkuntza bakoitzaren onerako.

Amaitzeko eskerrak nahi dizkiet bihurtu Ingeniari Eskola honetako agintari eta irakasleei eta zorionak Eskolari berari, honen sortzearen lehenbiziko mendeurrena ospatzen dugulakotz gaur.



## HOMENAJE A POMPEU FABRA: *IN MEMORIAM*

### La recuperación de la lengua catalana El paso de Fabra por Bilbao

*Bilbao, 31-X-1997*

*Dr. Antoni M. Badia i Margarit*

Tamalez, ezin dizuet hitzaldi hau euskaraz egin. Baina hitz hauen bidez adierazi nahi dizuet oso maite dudala zuen hizkuntza ederra.

Felicito sinceramente a esta Escuela Superior de Ingenieros por haber incorporado a la celebración de su centenario la mención de uno de los profesores de sus comienzos heroicos, y a Euskaltzaindia (Real Academia de la Lengua Vasca) por su acierto al promover la presente sesión conmemorativa. Les agradezco, no menos sinceramente, que, en la ocasión de esta fiesta jubilar, hayan querido invitarme a recordar a ese profesor. Su nombre, Pompeu Fabra. Si este nombre está íntimamente ligado a la codificación de la lengua catalana y a la reforma que la salvó como lengua moderna de cultura, no deja de sorprender, a quienes se acercan por vez primera a saber de su paso por el mundo, que el ilustre lingüista ejerciese, durante diez años de su vida madura, el oficio de catedrático de química en una escuela de ingenieros. La sorpresa se agranda al constatar que ello ocurría justamente a centenares de quilómetros del territorio cuya lengua constituía el centro de sus cuitas y de sus logros. ¿Químico o gramático? ¿Bilbao o Barcelona? Las vidas humanas siguen derroteros desconcertantes. Las respuestas a mis interrogantes, nadie lo ignora, son: gramático y en Barcelona. Con todo, las alternativas (químico y Bilbao), no dejaron de contribuir con eficacia a que el sueño que en Cataluña parecía quimera se tornase realidad de lengua redimida. De la aventura bilbaína de Pompeu Fabra hablaré en una buena parte de mi disertación (y pido perdón por las posibles inexactitudes de mi texto, basado en ciertos biógrafos de Fabra). El resto, antes y después de sus diez años en esta Escuela de Ingenieros, lo consagraré a su concienzuda formación humana y lingüística y a su generosa dedicación a la que solemos llamar la “obra de mestre Fabra”.

Hijo de un político de ideas radicales, crecido en un medio familiar de gente mayor, ejerciendo precozmente de maestro, y de reacciones calmosas y reservadas, Pompeu Fabra mostró ya en su adolescencia unos cuantos rasgos que le retrataban, procedentes tanto de su íntima personalidad, como de fac-

tores educativos y ambientales que la completaban. Dicen los pedagogos que los puntales esenciales de la formación escolar son el cálculo y el lenguaje. Desde muy niño se le advirtió una gran facilidad para las matemáticas (y consta que antes de terminar el bachillerato dio cursos a una persona mayor que él). No menos antigua fue su obsesión por la lingüística (y sabemos de los pintorescos métodos de que se valía para estudiar lenguas). Pronto se añadió un nuevo factor, que respondía a una especie de llamada interior. Y aquí sí que es inexcusable referir una anécdota famosa. Durante unas vacaciones veraniegas, Fabra se dispuso a escribir a unos familiares. E inició, como todo el mundo, la carta así: "Queridos sobrinos". Pero, antes de proseguir, se dijo: "¿Por qué he de escribirles en castellano, cuando con ellos no hablo sino catalán?" Y continuó en catalán, lengua que no sabía escribir, pero que sirvió como natural medio de comunicación: sus parientes entendieron el mensaje. Parece que esa carta fue escrita en 1883 (o un par de años antes). A lo sumo, pues, Fabra tenía quince años.

Pronto la voluntad de expresarse por escrito en su propia lengua se enlazó, en este casi bachiller, con la conciencia de lo que ocurría en la sociedad catalana: las duras escaramuzas a que se libraban los que luchaban por resolver el problema ortográfico de la lengua. Si, por razones de edad, Fabra no había tenido antes conocimiento del tema ni de su extensión social, a partir de entonces se lanzó en cuerpo y alma a la discusión pública. Observador y conocedor, no tardó mucho en hacerse notar con sus libros y sus conferencias. Entre los 20 y los 30 años, Pompeu Fabra se convirtió en paladín de unas propuestas gramaticales y ortográficas que un día se impondrían.

Pero, ¿quién era ese lingüista, ese gramático? Era un ingeniero. Retrocedamos unos instantes. A la terminación de su bachillerato, vista su indiscutible predisposición por las matemáticas, toda la familia juzgó oportuno que estudiase una carrera adecuada, como arquitectura o ingeniería. Como era habitual en él, Fabra dejaba decir. Nunca intervenía, aunque de él se tratara. Así accedió a la Facultad de Ciencias de Barcelona, para hacer los cursos preparatorios (1883-1886), así continuó en ingeniería (1886-1890), hasta el inevitable y, al parecer, más aceptado que deseado título de ingeniero (septiembre de 1890). Y he aquí la contradicción: ese portento en ciencias, se dedicaba a la lingüística, para la que era no menos privilegiado. Fabra aunaba lo que en ocasiones se han llamado "las dos culturas" (danto a entender que las personas solemos pertenecer a una u otra de ambas). Pero esa envidiable condición se prestaba, como digo, a contradicciones. Ya en 1891, flamante ingeniero, se le ofreció un puesto de trabajo en las minas de azufre de Hellín (Murcia), que rehusó, naturalmente. ¿Qué iba a hacer él en Hellín? ¿Cómo podría dejar las cuestiones de la lengua catalana?

No las podía dejar. En aquellos años de estudios superiores habían madurado mucho sus conocimientos de lingüística (gracias a su capacidad de trabajo, a su inquietud intelectual y al rigor de las disciplinas científicas, que ha-

ción un *totum revolutum* tan paradójico como eficiente). Al propio tiempo, se sentía comprometido en la tan debatida cuestión ortográfica, a la cual podía aportar grandes dosis de cordura, que compensasen los excesos afectivos de muchos indocumentados. Justamente, siempre en el mismo año 1891, intervino activamente en la famosa campaña por la reforma lingüística, organizada por “L’Avenç” (grupo ideológico, revista y editorial) y llevada a cabo por Jaume Massó i Torrents, Joaquim Casas-Carbó y Pompeu Fabra. Este, el último llegado al cenáculo, pero el mejor preparado, fue el cerebro de la campaña, y sus conferencias, modelo de lógica y sensatez y con gran acopio de datos. Con planteamientos nuevos y, por nuevos, un tanto radicales, “L’Avenç” presentaba la mejor opción, que se alejaba de las demás en pugna (medievalistas, dialectalizantes, callejeras). Además, por temperamento, Fabra razonaba, no discutía. Frente a la crispación reinante, rezumaba sosiego.

No, Pompeu Fabra no podía abandonar la causa de la lengua. Era su razón de ser y de vivir. Muchos se preguntarán: ¿de qué vivía, entonces, Fabra? Muy modesto, poco necesitaba: vivía con sus padres (y, muerto su padre, con la madre) y con su hermana casada con Bartomeu Galí y sus hijos (los de la carta de su jovencísimo tío Pompeu, o *Peiu*). Se ayudaba dando clases de ciencias en academias particulares (con amigos como Puig i Cadafalch, con su cuñado Bartomeu Galí, etc.), y, pese a que habían fracasado en más de una ocasión, siempre volvían a fundar un nuevo centro de enseñanza. Y santas pascuas. Lo importante era la lengua catalana. Estudiaba catalán antiguo, teoría gramatical. Convencido de la endeblez de las gramáticas existentes, su autodidactismo le llevó a las fuentes de la lingüística y de la romanística (Otto Jerspersen, Friedrich Diez, W. Meyer-Lübke, etc.), que estudió a fondo. Escribía ensayos y tratados gramaticales. Publicaba artículos. Daba conferencias.

Hasta que... en 1901 tuvieron que traspasar la última escuela. Era el “Colegio Politécnico”. Fabra se quedó sin trabajo remunerado. Tenía 33 años. Precisamente cuando él esperaba que su vida iba a cambiar, aunque en otro sentido. En efecto, sus familiares, amigos y conocidos se sorprendieron cuando les anunció que se había enamorado y quería casarse. Vistos sus hábitos, hasta entonces nadie se lo esperaba. Pero, además, ¿cómo podría afrontar la situación? Lo primero que hizo, al venderse la escuela, fue reprocharse el haber renunciado a la plaza que le ofrecían en Hellín. Inútil reproche, de quien seguía una vía ya irreversible. Aunque absorbido por el quehacer gramatical y ortográfico, el problema reaparecía día y noche, en el trabajo y en el descanso, en casa y por la calle. Un buen día, en junio o julio de 1901, se tropezó por azar con un antiguo condiscípulo suyo en la Escuela de Barcelona, también ingeniero. Fue el primer aldabonazo. “¡Vente a Bilbao.”, éste le dijo. Quien así le tentaba era Josep Serrat i Bonastre, que, siendo jefe de talleres en una industria de Bizcaia, había sido llamado hacia 1899 a la Escuela de Ingenieros, para encargarse de la enseñanza de máquinas y motores. Serrat le explicó que la Escuela no era del Estado y que se había podido poner en marcha gracias a

un Patronato constituido por la Diputación y el Ayuntamiento. Y que, por varios motivos, era cosa sabida que durante unos años la nueva Escuela viviría sin cesar bajo el signo de la reorganización y de la improvisación.

Serrat le dijo más. En Bilbao faltaban profesores. Por cierto, otro catalán, Ramón Oliveras i Massó, químico como Fabra (especializado en mecánica), acababa de obtener, pocos meses antes (en marzo del mismo año 1901), una de las primeras cátedras que se ocupaban en la Escuela. Ésta estaba, al parecer, permanentemente abierta a convocar concursos, si se vislumbraban candidatos idóneos. Al enterarse su familia de que Pompeu podría emprender el camino de Serrat y Oliveras, la noticia cayó como una bomba. Ya, diez años antes, al desestimar él la oferta de Hellín, se habían dicho: “Nos equivocamos, al instarle a hacerse ingeniero; teníamos que haberle encaminado hacia las letras”. Para estrechar el cerco, el sobrino mayor, Josep Galí i Fabra, también ingeniero, hizo oposiciones a la cátedra de cálculo infinitesimal y mecánica general de Bilbao. Fabra todavía estaba deshojando la margarita, y su sobrino se presentó en agosto con la cátedra debajo del brazo, y ya se preparaba para instalarse a orillas del Nerbión a comienzos del nuevo curso... Cuando el lento y caviloso Fabra decidió interesarse por un nuevo concurso, ya había expirado el plazo de presentación de instancias. Respiró tranquilo, porque R. Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique* (París), le había anunciado una visita y él deseaba acogerlo en Barcelona como se merecía. Pero, siempre al acecho, supo que se publicaría una nueva convocatoria a cátedra. ¡Rara situación, la suya! Se alegraba si no cuajaban sus intentos y se entristecía si los veía enderezados. Fabra personificaba aquel dicho catalán del *vol i dol* (‘quiere y le duele’).

Otros dos factores jugaban con él para retenerle en Barcelona. De momento, el revuelo ocasionado por Antoni M. Alcover, el fogoso canónigo mallorquín, que acababa de hacer pública la *Lletra de convit* (1901). En ella invitaba a cuantos se interesaban por la lengua catalana a colaborar en un inmenso diccionario, completo desde cualquier punto de mira, y que él concebía como una gigantesca obra colectiva. Como tantos millares de ciudadanos, Fabra se había apuntado, pese a su perplejidad ante una empresa que él sólo creía viable en la quietud de bibliotecas y salas de trabajo. Ya se vería; pero habría que seguir de cerca al desconcertante Alcover, cuyo sueño, después de muchas peripecias, se convertiría un día en el conocido *Diccionari Català Valencià Balear* (10 tomos, 1930-1962).

Un segundo proyecto le ataba a Barcelona. Los planes para la enseñanza de la lengua, especialmente en los medios de escuela primaria, pero abierta a cualquier tipo de edad, de estamento, de localización. Todo el mundo lo necesitaba. Esta era otra de sus obsesiones, compartida por los secuaces de “L’Avenç”, quienes sólo la veían realizable si Fabra se ponía al frente. Ya en 1898 había anunciado que preparaba unos *Elements de gramàtica catalana per a les escoles*. Y recordemos que, en los años veinte, ya seriamente en marcha



la reforma, se hizo famoso su “curs mitjà” (o curso medio) de catalán (que yo mismo había estudiado, a las puertas del bachillerato, en 1931).

Por todo ello, ante lo enigmático de sus intenciones, que se guardaba para sí, en el círculo de “L’Avenç” reinaba la consternación: Fabra era indispensable en Barcelona. Intentaron abrir una suscripción, para poder ofrecerle unos ingresos fijos. El intento no prosperó. Y aún resultó contraproducente, porque lo que más le angustiaba a Fabra era hacer el ridículo. Por fin, a fines de 1901 firmó otra instancia como aspirante a una cátedra de Bilbao. Ahora sus familiares, que ya no se atrevían a disuadirle, temían el desenlace: tras diez años consagrados a la gramática, ¿se saldría con la suya, opositando a una plaza de química? Fabra seguía, como siempre, sin inmutarse. Y llevaba razón: se convocaron los ejercicios, tres eran los candidatos, y Fabra triunfó netamente. Fue nombrado catedrático en febrero de 1902, y antes de terminar el mes ya estaba en su destino vasco. Huelga decir que la segunda vez que, después de las vacaciones, se acercó a Bilbao (en septiembre del mismo año), su viaje ya era tanto profesional como de novios.

Pompeu Fabra empezaba una etapa de su vida que uno de sus biógrafos ha descrito como la “presencia en la ausencia”. El hombre de las dos culturas se convirtió en un hombre de dos residencias. En lo más íntimo de su ser, sin embargo, se sentía fiel a su vocación de enderezador de la doliente lengua catalana. Ahora bien, se equivocaría quien creyese que sus proyectos barceloneses comprometían sus deberes bilbaínos. Fabra preparaba sus cursos a conciencia, nunca tuvo problemas con los estudiantes. Fue un honrado profesor universitario. Además, para decirlo con una palabra de hoy, se integró sin problemas en la sociedad vasca de su entorno, previa, eso sí, una fase de tanteo y de superación de distancias. En su vejez conservaba un buen recuerdo de sus amistades bilbaínas. Lo que no quiere decir que, cuando en 1912 se le presentó la oportunidad de retornar a Barcelona, no la bendijera ni la pusiera en práctica. Volveré sobre ello.

Presente en la ausencia. Cuesta imaginar que, en una época en que las comunicaciones se reducían al ferrocarril y a la correspondencia postal, Fabra estuviese tan al corriente de las cosas que pasaban en su tierra como lo estaba. Lo prueban, entre otras muestras, las cartas que él intercambiaba con sus amigos catalanes. Pompeu Fabra, que ya se había revelado como el mejor conocedor de la lengua catalana desde cualquier ángulo, se convirtió, durante diez años, en el lingüista que más tiempo podría dedicar al estudio y a la investigación. La Escuela le dejaba tiempo sobrado para ello. Bastará recordar que en Bilbao redactó (o, por lo menos, terminó) su *Gramática de la lengua catalana*, en castellano, aparecida en Barcelona en 1912, a mi parecer —y al de muchos—, su mejor obra desde el punto de vista estrictamente lingüístico.

Fijaré mi atención en dos acontecimientos de máximo interés, que marcaron la vida cultural catalana en el período bilbaíno de la vida de Fabra (1902-

1912): el Congreso de 1906 y la fundación del “Institut d’Estudis Catalans” (1907).

Animado por el éxito de su invitación a hacer un magno diccionario, Alcover decidió convocar el “Primer Congr s Internacional de la Llengua Catalana” (que se celebraría en Barcelona, en octubre de 1906). Fabra y Alcover discrepaban sobre el Congreso (en discusiones tenidas personalmente hasta 1902, prolongadas después por carta entre Bilbao y Mallorca), tanto en las actitudes (Fabra prefería el estudio científico de la lengua, Alcover quería sazonarlo con manifestaciones ruidosas) como en los contenidos (Fabra y Alcover concebían los temas y la selección de ponentes del Congreso de maneras diametralmente opuestas). El Congreso era organizado por Alcover, quien no encargó ninguna ponencia a Fabra. Éste, que se hizo congresista (por lo cual había pedido permiso a la Escuela de Bilbao para desplazarse), presentó enmiendas a fondo prácticamente a todas las ponencias y una magnífica comunicación, que era su propuesta de reforma ortográfica. La popularidad de Alcover hizo que Fabra quedara marginado, pero su aportación científica fue la de mayor solidez, hasta el punto de que sería rehabilitado sin que pasara mucho tiempo. Ello no obstante, el balance del Congreso fue positivo, porque significó la adhesión popular a la deseada codificación, una especie de cheque en blanco a quien estableciese, en su momento, la prescripción ortográfica y gramatical. Y éste no sería Alcover, aunque la refrendase con su firma.

El segundo acontecimiento fue la creación del “Institut d’Estudis Catalans”, cuyo objetivo era “la alta investigación científica y principalmente la de todos los elementos de la cultura catalana” (junio de 1907). Su fundador, Enric Prat de la Riba, a la sazón Presidente de la Diputación de Barcelona y, poco después, de la Mancomunidad de Cataluña. Prat, clarividente, sabía que el Institut funcionaría un día como Academia de la Lengua Catalana, pero, prudente, inicialmente lo constituyó con los eruditos más prestigiosos del momento, casi todos historiadores. Prat sabía esperar, pero, mientras esperaba, elaboraba un plan de conjunto, para el cual no hacía acepción de personas según sus ideologías. Pronto Pompeu Fabra figur  en su lista de presuntos colaboradores. Y, en efecto, cuando, en mayo de 1911, el “Institut” fue ampliado con la Secci  Filol gica (y con la de Ciencias), Fabra fue nombrado miembro, pese a no residir en Barcelona (lo cual hacía presumir que se preparaba algo relativo a su futuro).

Pero Prat de la Riba iba más lejos, en sus planes con respecto a Fabra (y bien que la prensa de la época se hacía eco): quería recuperarlo con dignidad. A comienzos de julio del mismo año 1911, aprovechando que Fabra pasaba las vacaciones en Barcelona, Prat y Fabra mantuvieron una larga conversación. Prescindo de detalles y voy directo al resultado final: Pompeu Fabra fue nombrado profesor de una cátedra de Catalán de la Diputación de Barcelona, cuyas lecciones se daban en la Universidad de Barcelona. Se acababa el largo paréntesis vasco en su vida. Si en 1902 le había recibido en Bilbao como lo que

era, un desconocido que ya se vería cómo se produciría, ahora, en 1912, se le despediría como lo que ya era: un colega solvente y un verdadero amigo. La Escuela, resistiéndose a perderlo, le sugirió que no pidiese la baja, sino una excedencia de un año a partir del 1 de noviembre, “por asuntos particulares —así reza el documento— (con motivo de empezar las clases de la cátedra de Gramática catalana de la que es Profesor)”.

En 1968, durante los actos del centenario de Pompeu Fabra, formulé una pregunta inquietante, que hasta hoy ha quedado en el aire: ¿qué habría ocurrido de no mediar el gesto de Prat de la Riba? ¿Se quedaba Fabra *sine die* en Bilbao? Parece que nadie puede dar una respuesta satisfactoria. En definitiva, fue un nuevo gran servicio de Prat a nuestro país, que ya tanto le debe desde cualquier ángulo de visión.

No sin las dificultades (técnicas y humanas) inherentes a la magna empresa a la que se lanzaba, Pompeu Fabra hizo uso tanto de sus profundos y sólidos conocimientos como de sus proverbiales dotes (tacto, serenidad, caballerosidad, fuerza de convicción). Y así salvó lo que defendía con tenacidad. El desenlace de la espinosa cuestión ortográfica (por otra parte, la más delicada y la más explosiva) es un emblema del hábil proceder fabriano. Partiendo del entusiasmo popular suscitado por el Congreso de 1906, Fabra consiguió que el propio Alcover y sus simpatizantes aceptasen una versión, ciertamente edulcorada, de las primitivas propuestas de “L’Avenç”. La ortografía defendida por Fabra en 1906 (y entonces rehusada abrumadoramente) se convertía así en la ortografía aprobada por el “Institut d’Estudis Catalans”, mediante las *Normas ortogràfiques* (1913), sancionadas por Alcover como Presidente de la Secció Filològica. Es cierto que, pocos años después, Alcover rompía estrepitosamente con el “Institut” y volvía a una ortografía anticuada, que aplicó, de momento, a su *Diccionari Català Valencià Balear*. No es menos cierto, empero, que, a partir del tomo tercero, Francesc de B. Moll, sucesor de Alcover, y con su anuencia, volvía a su vez a la ortografía correcta, ahora ya definitivamente. Ni menos cierto que un Alcover ya muy envejecido hacía las paces, poco tiempo antes de morir, con Pompeu Fabra. Pido perdón por incluir aquí detalles que sólo aduzco para subrayar la complejidad del problema y la manera de enfocarlo nuestro Pompeu Fabra.

Las *Normes ortogràfiques* (1913) y el *Diccionari ortogràfic* (1917) zanjaban una cuestión que se había arrastrado durante medio siglo. A partir de entonces, lo que había sido la manzana de la discordia se tornó el mejor signo de unidad. Su aceptación fue absoluta, universal, rápida, eficiente. Existió, ciertamente, un “antinormismo”, defendido por algunos eruditos solventes, el cual, empero, al no cuajar socialmente, se fue extinguiendo sin dejar huellas. La batalla de la codificación idiomática se había ganado, porque es bien sabido el carácter de cosa previa que tiene la ortografía. Lo prueba también que los otros hitos de la reforma se consiguieran sin dificultades graves. Pienso, de momento, en la *Gramàtica catalana* (1918), que, precedida por abundantes en-

sayos previos del mismo Fabra, algunos muy logrados, resultó un modelo de concisión y de claridad. El "Institut" siempre la ha considerado normativa y ha sido objeto de más de doce ediciones. En la actualidad la comisión de Gramática de la Secció Filològica prepara una nueva gramática, que las transformaciones de la ciencia, la sociología y la didáctica han hecho necesaria. Pues bien, el punto de partida para nuestra tarea es el venerable texto de 1918, casi rozando los 80 años de existencia. Punto de partida, naturalmente, para una obligada versión nueva.

Pienso también en el diccionario, la tercera fase de la reforma fabriana. Prácticamente en preparación desde 1911, y concebido como una obra muy ambiciosa (un doble diccionario, a base de dos listas, al estilo del Webster inglés o del Petrocchi italiano), su gestación tropezó con ingentes obstáculos (técnicos, personales, institucionales), cuyo relato voy a ahorrar a los asistentes. La dictadura de 1923, que supuso cambios en la Diputación, contratiempos al "Institut" y reducción de sus asignaciones, fue un toque de alerta. No fuera que, con la vista puesta en un proyecto magnífico, pero de lenta y difícil elaboración, nos quedásemos sin una herramienta indispensable. Así, con el beneplácito de la Secció Filològica, Fabra emprendió la redacción de un diccionario útil para el hombre moderno, siempre junto a él en su mesa de trabajo. Fabra invirtió seis años en la tarea. Fue el *Diccionari general de la llengua catalana* (Barcelona, 1932). Este apareció cuando, superados los escollos políticos de los años veinte, Cataluña obtenía, en la segunda República española, su Estatuto de Autonomía (1932). Fue saludado con alegría popular, se generalizó su uso por doquier, y se convirtió en uno de los motivos de las numerosas muestras de simpatía que recibió Pompeu Fabra en aquel período. Sin embargo, entonces nadie podía adivinar su valor profético. ¿Qué hubiera sucedido si, por un perfeccionismo legítimo, pero a veces inoportuno, el diccionario de Fabra todavía no hubiese salido de las prensas en 1939, en el umbral de la época más aciaga (por su dureza y por su duración) de toda la historia de la lengua catalana?

Después de haber prestado un tan precioso servicio durante sesenta años, la obra de Fabra ha pasado la antorcha al *Diccionari de la llengua catalana* (Barcelona-Palma de Mallorca-València 1995), bajo la responsabilidad directa, colegiada y exclusiva del "Institut d'Estudis Catalans". Se ha hecho realidad el viejo sueño de Fabra y toda la corporación. Como ya he dicho que hacemos con la gramática en preparación, también el nuevo diccionario es deudor constante de su precedente, el de Fabra de 1932 que, como es natural e inevitable, tenía que ser reelaborado y puesto al día.

Además de los tres mojonos de la reforma de Fabra, convendría evocar ahora su labor en la didáctica de la lengua. La enseñanza, he aquí una de sus ideas fijas. No puedo detenerme en ello. Antes ya hemos visto que la difusión escolar de la reforma era uno de los motivos que tenía para no aceptar el reto de Bilbao. En sus artículos, discursos y conferencias la enseñanza es tema re-

corriente. Y no olvidemos sus *Converses filològiques*, en las que la densidad de la doctrina está en proporción inversa a la fragilidad de las hojas sueltas de un periódico.

Esta alusión al contenido doctrinal de las *Converses* me obliga a ocuparme, siquiera sea por unos momentos, de sus principios y de sus métodos. La normalización de las lenguas suele centrarse en el habla de una zona, que se impone a las de las restantes zonas del diastema por razones extralingüísticas (políticas, demográficas, de poder). Las modalidades desechadas, si sobreviven, no pueden desasirse del dictado de dialectos. Tal es el caso del habla de l'Ile de France respecto al *français commun*; o del toscano en cuanto al italiano estándar, o del viejo castellano en relación con el español moderno. Es algo natural, cómodo, inevitable. Pues bien, pese a su filiación de catalán oriental o barcelonés, Fabra defendió, ya en el Congreso de 1906, la normativa que luego hemos llamado participativa o composicional: tan correcto es decir *jo canto* (Cataluña), como *jo cante* (Valencia), como *jo cant* (Mallorca). Actualmente el "Institut d'Estudis Catalans" tiene en curso la *Proposta per a un estàndard oral de la llengua catalana* (dos fascículos publicados, dos en preparación), que se ha revelado de provecho para los medios de comunicación de masa. Esta propuesta se hace en la línea fabriana de incorporar elementos de las grandes modalidades de la lengua.

Las bases metodológicas de la reforma de Fabra descansan en tres grandes criterios:

1) **La modernidad de la lengua.** No se trataba de consagrar una normativa de base medieval, sino de establecerla partiendo de la lengua moderna, en su totalidad geográfica. No, pues, a los medievalistas a ultranza.

2) **La dignidad de la lengua.** La lengua del momento estaba sucia: castellanismos, vicios y analogías la desfiguraban. Se trataba de limpiarla, amputando, adaptando, sustituyendo. Los datos de la lengua antigua eran preciosos y fueron puestos a contribución. En consecuencia, no a los que defendían "el català que ara es parla".

3) **La unidad de la lengua.** Frente a la aparente diversidad del mapa dialectal, la fisiognómica del conjunto confirmaba que la lengua se asentaba sobre una sola estructura (excepto ciertos rasgos morfológicos, que la historia explicaba). Bastaba una normativa única para definir y describir la lengua. Por tanto, no a los dialectalizantes particularistas.

En los años treinta, en una especie de luna de miel de un pueblo que había conseguido una situación por la que se había luchado desde 1900, Pompeu Fabra fue repetidamente objeto de homenajes y muestras de simpatía. El solía insistir en el carácter provisional de su obra, de la que habría que hacer un seguimiento riguroso. Justos eran los homenajes que se le tributaban. Por su ímproba labor, existía una lengua con todos sus registros: una lengua literaria,

gracias a la cual los escritores ya no se sentirían cohibidos por defectos del instrumento; un estilo científico, preciso y sobrio, que no habría de suscitar ambigüedades significativas, y una lengua corriente, no sujeta a exigencias estéticas, sino a la idoneidad de la comunicación en cada caso. ¿Qué más podíamos desear?

La vida de Pompeu Fabra describió un ciclo completo, un ciclo paralelo al de la recuperación de la lengua que fue obra suya. El paralelismo se convirtió en tragedia, porque la catástrofe del país coincidió, en 1939, con el exilio de quien había salvado su lengua. Fuera del país, obstinado, no se cansaba de repetir: “No hem de perdre la tasca ni l’esperança”. Murió en 1948, en el exilio, pero en tierra catalana, justamente cuando en el interior muchos discípulos se habían organizado para trabajar en la esperanza.

Deseo terminar mi semblanza de Pompeu Fabra con la lectura de un poema que dedicó a su memoria el poeta Joan Oliver (1899-1986), exiliado como Fabra y fino artífice de la lengua. Joan Oliver recibió el Premi d’Honor de les Lletres Catalanes del año 1970. Me he permitido acompañar el poema de una versión castellana, para facilitar, a quienes puedan tener necesidad de ello, la comprensión del texto. Los demás, que me perdonen.

#### [Record de Pompeu Fabra]

Vident, audaç, ànima dreta,  
 feina neta,  
 en un país que renaixia  
 tot fent via,  
 emprengué sol la gran comesa,  
 mal compresa,  
 i a un desmanec, ja vell de segles,  
 donà regles;  
 i sempre ho féu amb un somriure  
 d’home lliure  
 que el lliure albir d’altri respecta,  
 circumspecte.  
 Sent enginyer d’enginy flexible,  
 molt sensible,  
 un pont bastí per la cultura:  
 llengua pura.  
 Perquè sabia de convèncer  
 pogué vèncer,  
 dictador amb seny i sense sabre,  
 mestre Fabra!